LESA

De Paula Echalecu

Para representar esta obra, se debe solicitar derechos de autor a través de Argentores.

Contacto: echalecupaula@gmail.com

Personaje

CLARISA: Mujer de 56 años

Una silla. A un costado, en el piso, una cartera.

Clarisa sentada, habla a público.

CLARISA: Mi viejo era ferroviario. Lo que yo sabía era que trabajaba en el tren y que viajaba mucho. Estaba tres días de la semana viajando y el resto volvía a casa. Cuando volvía, la cosa se ponía áspera. No podíamos jugar en el patiecito de adelante en la siesta porque él dormía y si hacíamos ruido se levantaba y nos daba.

Mi mamá cosía. Cosía bien. Pero no quería que papá se enterase que hacía ropa para afuera. Entonces, teníamos un cajón inmenso donde guardábamos los juguetes y debajo de todo, tapadas por los juguetes, mamá tenía dos valijas enormes donde guardaba el trabajo.

Así le decía ella: el trabajo. “A papá, nada del trabajo” nos decía y con la mano hacía una seña sobre los labios, como si los cerrara con un cierre relámpago.

No sé si mi hermanito entendía, porque era chiquito.

Yo sí.

Mamá cosía porque le gustaba, pero también porque la plata no alcanzaba.

Pero mi papá no tenía que saberlo: si llegábamos a decirle que su sueldo no era suficiente, se ponía como loco y nos daba.

Así que mi mamá hacía trabajitos de costura y con eso pagaba algunas cuentas: la farmacia, el dentista, cuando había que comprar útiles para la escuela y esas cosas... mientras mi papá conservaba intacta su reputación de macho proveedor.

Fui a la Escuela Normal Nº 1. Toda la primaria.

Desde esa época tuve la sensación de ser un poco invisible.

Mariana era la nena linda del grado. Todos los chicos gustaban de ella y las maestras la preferían. Rubia, con dos colitas siempre perfectas, atadas con elástico blanco y cubiertas con dos cintas de raso azul. Perfecta. Las maestras le mandaban saludos para la mamá, “y un beso especial para tu papá”, le decían, y los chicos no entendíamos por qué las maestras, cuando le mandaban saludos para el papá, se miraban entre ellas y se reían.

El papá de Mariana era médico pediatra, mi médico, el de mi hermanito y el médico de todos los chicos que yo conocía... Una vez me tocó... bajo la bombacha... y me dijo “si vos le decís a alguien, te van a salir granos en la chucha y no vas a poder tener hijos.”

La primera vez que Mariana me preguntó de qué trabajaba mi papá, no entendí por qué se rió cuando le dije “ferroviario”. Se rió y salió corriendo a reunirse con sus tres mejores amigas: Magalí, Florencia y Carolina. Las cuatro me miraban y se reían y yo no entendía por qué.

Pero un día la maestra de segundo grado dijo que había profesiones y oficios. Que las profesiones eran médico, abogado, ingeniero... Y que los oficios eran barrendero, carpintero, ferroviario... Y que ser médico era más que ser ferroviario. Y ahí entendí.

Desde ese día, las cuatro se me acercaban en el recreo y me preguntaban, haciéndose las interesadas, de qué trabajaba mi papá... y se reían cuando yo les decía "ferroviario".

Era evidente que yo me tenía que avergonzar por ser la hija de un ferroviario, según ellas... pero a mí no me daba vergüenza que mi papá fuera ferroviario. Lo que me daba vergüenza era otra cosa... pero ellas ni sabían, así que...

A los 16 quería irme de casa. Era lo que más deseaba en la vida. Las chicas preguntaban "¿Qué es lo que más deseás en tu vida?" Todas respondíamos: "que Luis Miguel se enamore de mí". Pero yo en realidad lo que más deseaba era irme de mi casa. Pero no lo podía contar... porque me daba vergüenza... y porque si se enteraba mi papá, me daba.

Mi papá llegaba de Buenos Aires y siempre tenía alguna excusa para cagar a palos a mi mamá adelante nuestro. Y de paso la ligábamos nosotros.

Que la comida estaba fea, que le faltaba sal, que quería variedades para comer... siempre alguna queja con la comida, que empezaba con palabras, seguía con algún plato estallado contra la pared y terminaba con una tunda en la que mi papá repartía piñas y cintazos para todos lados.

Una noche, me estrelló un frasco de mayonesa en la frente, supuestamente sin querer. Según él, quería estrellarlo contra la pared y se ve que apuntó mal.

Esa noche decidí que me iría. A la mierda, lo más lejos posible. No sabía cómo, pero algo se me iba a ocurrir.

No pasó mucho tiempo y apareció la oportunidad.

Silencio. Clarisa se pone de pie, mira hacia fuera de escena. Vuelve, prende un cigarrillo y se sienta en el sillón.

A veces pienso que, si las cosas hubiesen sido de otra manera, si mi viejo se hubiese dejado de joder, si mi vieja le hubiera puesto los puntos... o si yo me lo hubiese bancado, qué sé yo, hubiera estudiado magisterio o aprendido a coser o me hubiese metido en la fábrica, por ejemplo... Si todo hubiese sido distinto... este viejo se habría muerto en paz...

Camina por el espacio.

Mira alguna pared lateral donde imagina cuadros, placas, condecoraciones, quizá, en algún mueble o vitrina. Lee.

“Al Teniente Coronel Ernesto José Tedeschi, en reconocimiento a su heroica actuación en el conflicto armado de las Islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur.”

De su cartera, saca y muestra un gran portarretratos que tiene una fotografía de una mujer con dos niños pequeños, una mujer y un varón. La expone ante el público.

Regina. La esposa de Tedeschi. Muerte dudosa a los 38 años. Nadie hizo preguntas. Porque los Tedeschi son intocables.

Los pibes son Gabriela y Pablo. Ellos me contrataron.

A partir de ahora, ocurre un sutil y lento cambio en la iluminación, hasta lograr un ambiente diferente al anterior.

Acaban de irse, recién, a la fiesta de los cuarenta años de Malvinas. Los dos vestidos de gala. Pablo, con su traje de teniente del Ejército Argentino, y ella con un vestido que le apretaba demasiado el escote, las tetas así (*gesticula*), a punto de explotar... disimulando el rollo de la espalda con una falsa piel de nutria que sostenía con el pliegue de los codos... Vamos a ver cuánto aguanta sosteniendo los brazos así...

Recién, nomás, hace segundos, nos despedimos en la puerta y me dieron precisas instrucciones de no despertar al señor Ernesto hasta las once de la noche, que es el turno de los últimos medicamentos del día.

(*Imita a Gabriela, con voz engolada, de clase alta.*) Clarisa, te pido por favor que cuando lo despiertes, aunque él no te diga nada, le ofrezcas evacuar esfínteres y le cambies el pañal antes de que se vuelva a dormir...

(*Deja de imitar a Gabriela*) No vaya a ser que ella lo tenga que hacer.

Pero, cuando parecía que ya me habían dado todas las indicaciones, casi como sin querer, mientras caminaban hasta el palier, como le dicen ellos al pasillo del edificio, deslizaron dos o tres órdenes más, que implican que yo haga cosas para las que no fui contratada, como juntar objetos dispersos por la casa y lavar copas, platos y ollas en la cocina, mientras no pierdo de vista ni un segundo al viejo parapléjico.

Como al pasar, largaron una serie de órdenes más y se fueron a codearse con los de su clase, en nombre de su "querido padre".

Mentirosos.

Tiempo.

En algún punto, nos parecemos.

Tiempo.

Así que a mí me tocó cuidar al viejo.

Ojo, que no me quejo. Para nada. Estoy feliz.

Y no es por la buena plata que pagan que no me quejo.

Cuando me llamaron para decirme que hoy me necesitaban, hoy, domingo, día del cumpleaños de mi marido... me alegré. Aunque tenía otros planes para hoy, me alegré.

Porque este día también estaba en mis planes. Unos planes mucho más elaborados y más viejos que el plan de cenar con mi marido, cantarle el feliz cumpleaños y tomarme una cervecita en el patio.

Sí... Aunque parezca que los Tedeschi me pusieron entre la espada y la pared; aunque todo indique que no me quedó otra que cumplir con la demanda de unos patronos que ordenan y esperan ser servidos sin titubeos, y no se preguntan por la necesidad o circunstancia del sirviente... porque así me ven: como una sirvienta... Aunque la escena aparente ser la clásica escena de la empleada sometida, no es así. Para nada. En realidad, esta noche está perfectamente guionada por mí, desde hace años.

Tiempo.

El viejo es veterano de guerra. Combatió en Malvinas y volvió a recoger la gloria del héroe inolvidable, el permanentemente condecorado, el ejemplo, el símbolo, el ícono militar.

En un par de horas van a volver los hijos, con la medalla y el diploma que le entregan, porque se cumplen 40 años de la guerra.

Seguramente la piensan acomodar acá, en este mueble (*Señala algún mueble imaginario*), junto a todos estos tesoros de guerra y la foto de la madre misteriosamente muerta.

Pero ahora, la casa es toda mía. Y el viejo también.

Tiempo. Camina. Mira hacia el interior de la habitación donde supuestamente está el viejo.

Ahí está. ¡Quién te ha visto y quién te ve! Apenas respirando, con cara de cordero degollado. Apenas vivo, sostenido por esa máquina, en un hilo de vida...

...Un hilo de vida que debe sostenerse, para que la pensión vitalicia del viejo no se corte y los hijos no se queden sin sus lujos...

Toma nuevamente el portarretratos con la foto de la madre y los hijos, la exhibe a público y le habla a éste.

Miralos. ¿Qué ves? No se parecen en nada, ¿no? Son bien distintos a la señora. Y a Tedeschi también. ¿Sabés por qué? Porque no son sus hijos. Ni biológicos, ni adoptados. No.

Son apropiados.

El viejo se los agenció ilegalmente en sus años dorados. Regina no quedaba embarazada... El viejo sostuvo hasta el final que ella era la que no podía... Cosas de viejo machista, porque jamás se hizo un estudio para ver si era él el estéril. A ella sí. A ella la hizo pasar por todo tipo de estudio y tratamientos. Pero cuando la cosa se agotó, dio por cerrado el caso y pasó al siguiente nivel. ¡Total él podía quedarse con los hijos de otro! Así que para qué dar más vueltas...

Como lo oyen: se quedó con los hijos de alguna víctima del "Proceso de Reorganización Nacional" del que fue parte activa... Se los apropió, no porque él en aquel momento sintiera especialmente deseos de ser padre. Se los apropió para que Regina no molestara, en realidad.

Y ahí están, Gaby y Pablito, que nunca respondieron a las expectativas de su papá... como Regina...

Todos ellos, una verdadera vergüenza y decepción para el impoluto Teniente Coronel Tedeschi...

Ahí están. Desaparecidos todos: ella muerta a los 38, por motivos que nunca se investigaron... Ellos, sin rumbo, muertos en vida... Los hijos que jamás merecieron ni merecerán el amor del padre... Sosteniendo al viejo vivo para chuparle la sangre.

No digo que el viejo no lo merezca. Para nada. El viejo se merece eso y mucho más.

Camina a sus anchas. Saca de la cartera una lata de cerveza que abre. Bebe un poco.

Fui a la cocina y agarré una cerveza que había en la heladera.

Había esperado este momento por muchos años. Desde los diecisiete. Así que cuando me llamaron para que me hiciera cargo del viejo, sentí que era un verdadero regalo de la justicia divina.

Con gesto de liberación, se quita algún abrigo.

Así que, había llegado la hora esperada.

Salí hacia la habitación y volví con el viejo.

(Señala un lugar en el piso). Acá estacioné la silla de ruedas.

El viejo estaba medio dormido. Apenas parpadeaba, encandilado por la luz del living, detrás de la mascarilla de oxígeno que necesitaba para respirar, desde que había tenido un accidente cerebrovascular.

Lo estacioné en el centro de la sala y me senté frente a él en el sillón principal.

Me miraba sin entender.

Tiempo. Fuma y toma cerveza mientras observa al viejo, que está imaginariamente frente a ella, girando lentamente a su alrededor.

Prendí un cigarrillo. La cabeza me iba a mil.

El viejo tosió.

(Imitando la voz del viejo, con irreverencia) “¿Qué hacés, piba?”, me dice.

(Asumiendo su propia voz, habla como si tuviera frente a sí al viejo) ¿Qué hago?

Adiviná.

Tiempo.

El viejo me clavó una mirada venenosa, despreciativa, que mostraba a la perfección cómo él se sentía superior. Cómo siempre, hiciera yo lo que hiciera, él iba a sentir que yo no era más que un pedazo de mierda.

Yo lo observé, guardando en mi estómago su odio, acopiando todo ese menosprecio, procesándolo como una mala comida que en cualquier momento iba a explotarme adentro.

Saqué del bolsillo trasero de mi pantalón un pequeño fajo de fotografías que había traído a propósito.

Me acerqué y le soplé el humo del pucho en la cara.

Tosió nuevamente y yo, disfrutando la situación, le puse una foto frente a la cara.

(Habla imaginariamente al viejo). Mirá. ¿Qué ves?

El viejo observó la foto y se quedó mirando. Estoy segura de que algo reconoció, pero no lo demostraba.

Con la misma actitud de ser superior, me dijo: “Nada. Sin anteojos no puedo ver nada”.

Pero sacó la mirada de la foto y empezó a respirar con agitación.

Instantáneamente, olí su miedo, que se deslizó por su esquelética persona, de abajo hacia arriba, como una serpiente que lo recorría desde el escroto hasta la garganta.

Confieso que lo disfruté.

Inhala profundamente. Luego vuelve a hablar imaginariamente al viejo.

No te preocupes, viejito. Yo te voy a explicar, le dije.

Con la misma mano con que sostenía el cigarrillo, le señalé la foto, mientras él se ahogaba con el humo y respiraba con más dificultad cada vez.

(Hablando imaginariamente al viejo). Este es el galpón donde estaban los uniformes. ¿Te acordás?

El viejo se heló y me clavó la mirada. Nunca antes me había mirado así.

Sentí que me estaba viendo por primera vez y que por fin me reconocía.

¿Te acordás o no te acordás?, le dije, y me le paré así, enfrente, desafiante *(Hace el ademán que describe)*...

Reconozco que en ese momento sentí orgullo. No sé de qué, pero sentí orgullo.

La situación era como una pelea donde dos fieras salvajes se miden para ver quién ataca primero. Un duelo de miradas que borró de repente todas las diferencias sociales.

Éramos dos animales, peleando por sobrevivir.

En ese momento, sentí olor a mierda.

El viejo se había cagado encima.

Inhala.

Sentí ese hedor como si fuera el perfume de la victoria.

Lo disfruté tanto, al punto de llenarme de ese aire maloliente como si fuera una inyección de energía.

(Habla imaginariamente al viejo). ¡Epa! ¿Qué pasó? ¿Te cagaste, Tedeschi?

(Al público) Temblaba y no me quitaba los ojos de encima.

Primero me escupió y después me preguntó: *(Lo imita)* “¿Quién sos?”.

Su pregunta también era como una escupida.

(Al viejo) ¿Cómo que quién soy? ¿No me reconocés?

Pausa.

En ese momento, el viejo intentó moverse; por supuesto, sin lograrlo.

(Al viejo. Burlona). ¿Qué hacés, viejito? ¿Vas a salir corriendo?

Ríe a carcajadas.

Camina airosa por el espacio.

Bebe de su lata de cerveza y fuma.

(Al viejo). ¡Quién te ha visto y quién te ve, Teniente Coronel! ¡¿Quién diría que el poderoso Teniente Coronel Tedeschi, que se comía el mundo y hacía lo que se le cantaban las pelotas, allá en Comodoro Rivadavia, iba a cagarse encima como un debilucho frente a una foto de la guerra?! ¿Qué pasa, Tedeschi? ¿Me tenés miedo?

(Al público) El viejo me puteó. Pero a mí ya no me paraban con nada.

(Al viejo) ¿Te suena, Tedeschi? *(Lo imita)* “¿Me tenés miedo?” *(Vuelve a hablarle sin imitarlo)* ¿Te acordás?

Pone la foto delante de la mirada del viejo.

Su actuación se vuelve cada vez más realista, como si confundiera los diferentes planos de realidad.

(Al viejo) Mirá, mirá bien. ¿Ves? Esta soy yo, en el hospital ambulante de Comodoro Rivadavia, con uniforme de enfermera del Ejército Argentino. Me quedaba bien el uniforme, ¿no? (Lo imita, burlona) “¿Me tenés miedo?” (Sin imitarlo) ¿Te acordás o no te acordás, Tedeschi, cuando me dijiste “¿Me tenés miedo?” y me empujaste arriba de la montaña de uniformes... ¿Te acordás, Tedeschi? ¿Te acordás cuando me decías que si llegaba a denunciarte mi vieja y mi viejo iban a desaparecer? ¡Diecisiete años tenía! ¡Diecisiete! Pero a vos eso no te importaba. Es más. A vos eso te calentaba, ¿no?

Clarisa gira y habla al público, tomada emocionalmente por la situación.

Diecisiete años tenía, cuando ingresé a un programa de enfermería para chicas que cursaban quinto año de la secundaria. ¡Diecisiete años! ¡Una criatura! Cualquier cosa me hubiera venido bien para rajar de mi casa.

Al mes de ingresar, fui convocada a servir en la Guerra de Malvinas.

(Quita la vista del público y habla imaginariamente al viejo) ¡Qué olor a mierda, viejito! Te cagaste fuerte, ¡eh!

Sale violentamente de su representación. Se sienta en el sillón.

Fuma. Intenta recomponerse.

Habla al público.

En ese momento, el Teniente Coronel Tedeschi, en vez de pedir socorro, en vez de gritar para que algún vecino lo ayudase, en vez de hacer algo bien, alguna vez en

su puta vida, decidió insultarme. Otra vez, tomó el camino de la violencia y me dijo
(no lo imita) “¡Hija de puta! ¡Negra de mierda!”

Tiempo.

La frase la desequilibra.

Intenta tranquilizarse y en parte lo logra.

Entonces, ahí le clavé mi veneno.

(De pie, al viejo) Más respeto, che. Que soy la madre de tu hija.

Tiempo.

(Al público) La frase surtió efecto. Los ojos del viejo se abrieron inmensos. La escena se detuvo. El viejo dejó de gritar y me observó perplejo, respirando agitado.

Ahí sucedió algo. No puedo explicarlo muy bien.

Yo había soltado todo lo que tenía que soltar y el viejo me miraba de forma distinta.

Tiempo. Fuma.

Había recibido el mensaje, pero todavía no podía reaccionar.

Tiempo.

Por un momento, no supe qué hacer... hasta que de repente, empezó a llorar.

Observa largamente al imaginario viejo, lo que le produce emociones encontradas. Se mueve a su alrededor, observándolo en su reacción, no sabiendo bien qué hacer con eso.

(A público. Con sorpresa.) El Teniente Coronel Ernesto José Tedeschi llora. El mismo hombre que violó a chicas indefensas, de 16, 17 y 18 años, aprovechándose de su autoridad militar y del contexto de guerra en el que estábamos... ahora llora.

Llora porque tiene una hija.

Pareciera que el hecho de saber que es padre biológico de un ser que transita esta tierra, lo cambia todo para él.

Lo observa y relata a público.

Tiembla, babea, apenas dice: *(Imitando al viejo, sin burlarse)* “¿Una hija? ¿Mía? ¿En serio?”

Tiempo.

(A público, conmovida por lo que “ve”) Me quedé paralizada.

Al verlo así, sentí como... un pequeño conflicto interno. Como que mi plan, tal como estaba diseñado, ya no se podría cumplir... No podía seguir adelante, tal como yo lo había pensado.

El viejo, que sólo atinaba a decir “tengo una hija... tengo una hija”... y se babeaba, lloraba, se había cagado encima... Esa sinceridad... fue algo totalmente inesperado para mí.

Jamás se me había ocurrido antes, en 40 años de masticar este plan, pensar cómo serían las cosas... jamás se me había ocurrido que Tedeschi iba a reaccionar así cuando yo le dijera que de aquella violación había nacido una vida.

Tiempo.

Sonríe levemente.

Y fue perfecto...

Clarisa se acomoda, tira el cigarrillo al piso, lo aplasta con la zapatilla y se dispone a explotar su pólvora, en la imaginaria cara del viejo:

Sí, Tedeschi. Tenés una hija. Sí. Se llama Malva. Tiene treinta y nueve años y es médica pediatra.

Pausa.

Es tu hija. La única hija, fruto de tu sangre, que vas a tener en tu vida. Yo sé que para vos eso cuenta. Yo sé que tus hijos para vos son una decepción... que no los querés... Y es más: que ellos a vos te detestan y solamente te mantienen vivo para cobrar tu pensión.

Pausa.

Suspira.

Mirá qué lindo, ¿no? Una hija pediatra...

Y no sabés lo linda que es. Preciosa. Rubia, alta, con una elegancia que la gente se da vuelta para mirarla. Sí, sí. En serio. Es hermosa Malva...

Sonríe levemente, con una mueca que devela el goce de la venganza consumada.

... Pero, ¿sabés una cosa, Tedeschi? ¡NUNCA, JAMÁS, LA VAS A CONOCER!

Estalla una música.

Clarisa termina este monólogo totalmente tomada por la escena que representa.

Luego de unos segundos, su cuerpo se va aflojando.

La luz cambia gradualmente, hasta volver a ser la misma que al principio.

Finalmente, como si se descubriera observada, gira hacia el público y dice, quizá respondiendo a una pregunta:

No recuerdo si le quité la máscara de oxígeno. No podría asegurar qué pasó en ese momento.

Enciende un nuevo cigarrillo.

Creo que prendí un cigarrillo y me fui.

(Como respondiendo a una supuesta pregunta que viene del público) ¿Si escuché que el viejo se ahogaba?

No sé.

En mi cabeza sólo había quedado retumbando la palabra “nunca”, como si una granada acabara de explotar en el living de la casa de los Tedeschi.

Fuma y mira al público, como si se tratara de un jurado que deberá decidir en la causa del homicidio del Teniente Coronel Tedeschi.

Espera quizá el veredicto.

Su mirada se parece a aquella con que se enfrentaba a duelo con su violador, como la de una bestia salvaje que ya no tiene nada que perder.

FIN